

TRIBUNA LIBRE / Hoy, Primero de Mayo



ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ
Secretario general de la Unión General de Trabajadores (UGT) en la Región de Murcia

Primero, las personas

Quizá lo más grave de esta crisis sería salir de ella sin haber aprendido nada. Ello significaría que nunca estaríamos a salvo de otro infarto financiero que nuevamente venga a saldarse con el empleo de millones de trabajadores en el mundo. Bajo la sedación de una prosperidad aparente, los distintos Gobiernos han dejado crecer indeciblemente ese monstruo de los instrumentos financieros que se derrumbaban estrepitosamente en verano de 2007 con el asunto de las *subprime*.

Pues bien, parece que desde entonces poco o nada han cambiado las cosas en orden a modificar un patrón de crecimiento insostenible, cuya solidez ha quedado notoriamente en entredicho. La gran paradoja es que hemos visto a EEUU, paradigma clásico del neoliberalismo, participando en empresas privadas, proponiendo restringir la economía financiera, y dando los primeros pasos hacia un sistema público sanitario. Incluso voces como las de tres premios Nobel (Arrow, Sollow, Stiglitz) y otros 37 economistas norteamericanos de primer nivel, han reclamado no hace mucho, en un manifiesto, la resindicalización de América. Y mientras, a este otro lado del Atlántico, en nuestra Europa, la vieja Europa social, la misma crisis ha movilizado justamente las tesis contrarias: se miran con sospecha los sistemas públicos de protección social, se acusa a los sindicatos de ralentizar la recuperación, se exige facilidad para despedir... Orientaciones todas ellas que hacen suyas instituciones como el Fondo Monetario Internacional, cuya miopía palpable se evidenció en 2006 cuando afirmó que la dispersión de riesgos, es decir, los famosos derivados financieros, daban mayor resistencia al sistema financiero y al

sistema bancario. Ahí es nada.

Así que una vez que se ha sacado dinero del contribuyente para sanear un sistema por otros infectado, se pretende volver a las andadas como si nada. Se vuelve a autorrecompensar con bonus millonarios por infartar el sistema, y todo el mundo a practicar la cantinela del déficit público y la reforma del mercado de trabajo. El mensaje, como ya sucediera cuando se exigía el imperioso rescate de las entidades financieras, ha vuelto a calar, y ya se anuncian a bombo y platillo en el viejo mundo planes de austeridad y recortes del gasto público cuyo coste será fundamentalmente social; esto es, impactarán de lleno sobre la clase trabajadora, los sistemas públicos de protección social y sobre nuestro Estado del Bienestar.

Como no podía ser de otra forma, las organizaciones sindicales nos hemos manifestado partidarias de mantener las políticas de respuesta en el terreno económico y, sobre todo, en cuanto a políticas activas de empleo, porque atender la crisis que aún azota el mercado de trabajo y hacerlo con perspectiva de futuro ha de ser absolutamente prioritario para todo responsable político.

Y ahí es donde se abre una oportunidad, puesto que se han delatado nuestros déficits estructurales: falta de competitividad, sectores sobredimensionados con escaso valor añadido, dependencia energética, reducida inversión en educación e investigación, alto porcentaje de trabajadores no cualificados, poca cultura industrial, la siempre pendiente mayor eficiencia de las Administraciones... Pero también hemos podido vislumbrar nuestras fortalezas: el aún por desarrollar sector de las energías renovables que ha creado en los últimos años más de dos millones de empleos en Europa,

el transporte ferroviario, los servicios de ahorro y eficiencia energética, el sector forestal, los servicios sociosanitarios...

Nuestras empresas no pueden seguir empeñadas en vincular competitividad con devaluación de las condiciones de trabajo; han de cambiar su mentalidad y pensar en calidad, diseño e innovación, en incorporar a su actividad las nuevas tecnologías y la sostenibilidad medioambiental. Y nuestra clase política tiene que ser la primera en dar ejemplo con un ejercicio honrado de sus responsabilidades, aportando soluciones de consenso, alejándose de electoralismos que en nada contribuyen a la recuperación; y no dejándose llevar por interesadas presiones mediáticas que sólo buscan un beneficio extra de esta crisis a costa de la protección social y el sustento de los trabajadores y sus familias.

No podemos crecer sobre unas bases agotadas, ni sobre instrumentos financieros irreales, sobre un consumo ficticio alentado por endeudamientos desorbitados, sobre confrontaciones estériles, sobre una sociedad desmembrada, ni sobre empleos, salarios y pensiones de miseria. Planifiquemos el cambio en el modo de producir, en el qué, en el cuánto y en el cómo hacerlo, con perspectiva económica, social y medioambiental, renunciado a la especulación y a los beneficios injustos y desorbitados. Pongamos en el centro de todo un desarrollo sostenible y responsable, y el valor y dignidad del trabajo. Aprovechemos celebraciones como ésta del Primero de Mayo, aprovechemos el sentido de progreso social del Primero de Mayo, que este año cumple 120, para impulsar el rearme ideológico de una sociedad que demanda, como nunca, una economía al servicio de las personas, y no al revés.